

PRÓLOGO

El ejército romano puede estudiarse desde muchas perspectivas, y en las dos últimas décadas, una serie de enfoques nuevos y distintos han revolucionado muchas ideas largamente asentadas. Por poner un ejemplo, la forma misma en que las legiones romanas o altoimperiales formaban en *acies instructa* para la batalla, y su propio desarrollo, se conciben ahora de manera muy distinta. Ya no pensamos —la mayoría de nosotros— en hileras y filas rígidamente articuladas, los hombres preocupados, ante todo, por mantener intervalos y alineaciones; ni en brutales combates continuados hasta el agotamiento por una suerte de robots incansables e insensibles. Un modelo de unidades y subunidades dispuestas con menor rigidez —y de combates tentativos interrumpidos por momentos o períodos de pausa y separación entre los contendientes— ha venido a sustituir las concepciones anteriores, dentro del marco general del estudio del «rostro de la batalla», en ya añeja pero afortunada frase de John Keegan. Novedades similares se plantean sobre la forma en que los ejércitos romanos avanzaban en su conquista de zonas montañosas, no ya siguiendo los valles sino los cordales. Y así, muchos otros cambios y avances.

Pero la viabilidad de esos nuevos enfoques y la solidez de sus propuestas derivan no solo de la inteligencia y la originalidad de quienes las proponen, sino, antes y necesariamente, de la cantidad y calidad de las fuentes disponibles y de lo que estas pueden aportar.

Las fuentes literarias sobre los ejércitos de Roma son esenciales, sin duda, y las principales con que contamos para el estudio de sus campañas, de su organización, de sus victorias y derrotas, de su disciplina y motines y de cómo los propios romanos —y, a veces, sus enemigos— los percibieron. Pero esas fuentes son limitadas y bien conocidas e interrogadas una y otra vez, desde hace siglos, por los mejores historiadores y filólogos. No hay casi —o sin casi— problema ya sobre el que el investigador minucioso que las estudie y tenga la honestidad de remontarse a Mommsen o a Gibbon, y aun antes, no sienta con cierto desaliento que la mayoría de las alternativas e hipótesis posibles sobre la interpretación de un texto han sido planteadas ya. Aunque, claro es, siempre se puede encontrar un resquicio para el pensamiento nuevo y original. Salvo que alguna resea ciudad romana del desierto junto al Nilo o un fortín de la frontera de Mauritania nos den la enorme alegría de entregarnos el perdido *De Re Militari* de Catón *el Viejo*, o la Guerra de Numancia de Polibio, o las *Strategika* de Demetrio de Falero, el repertorio de fuentes a las que damos vueltas está ya casi cerrado.

La arqueología es otra fuente esencial. De manera creciente —aunque, sin duda, también finita—, los hallazgos de equipamiento militar y las cada vez mejores técnicas de análisis y restauración nos proporcionan una fuente esencial de nuevos datos sobre las armas y equipos que emplearon los romanos, su tecnología y su función. Estudios recientes han podido resolver el problema del *gladius hispaniensis*, por ejemplo, sobre el que las fuentes literarias estaban ya agotadas. Las excavaciones de campamentos y líneas de asedio complementan y corrigen, a menudo, las fuentes literarias: la diferencia entre lo que César cuenta que fueron sus líneas de contravalación y circunvalación frente a Alesia y lo que las excavaciones demuestran nos dice mucho sobre la autonomía de los legados legionarios y la flexibilidad operativa del ejército. Las excavaciones sobre los campos de batalla, que se acumulan en cascada, desde los pantanos de Teutoburgo-Kalkriese a las minas de Dura Europos, pasando por las lomas de las Albahacas en Jaén o los bosques de Harzhorn, en la profunda Germania, están proporcionando multitud de nuevos enfoques y resultados dentro de la ambigüedad inherente a los datos arqueológicos. Las excavaciones en los fuertes permanentes y campamentos de marcha apuntan nuevas posibilidades de estudio, incluso desde perspectivas en principio tan improbables como la llamada «arqueología de género», que plantea con datos tangibles, por ejemplo, la regular convivencia de mujeres dentro de los campamentos legionarios y auxiliares permanentes.

En este contexto de grandes novedades, pareciera que la epigrafía se hubiera convertido en una cenicienta, quizá por ser tan técnica, e incluso arcana para los no iniciados, como la arqueología, y en realidad, más aún, por exigir familiaridad con lenguas pretéritas y ser así menos accesible a los numerosos y entusiastas aficionados que, sin embargo, discuten con convencida solvencia problemas históricos o arqueológicos. Pero no lo es —cenicienta, queremos decir—, y este libro contribuirá a mantener su papel relevante en los estudios militares.

Secularmente, la epigrafía, una vez digeridos los textos grecolatinos fundamentales, ha sido la disciplina más fecunda para el estudio de los ejércitos de Roma, o al menos para aspectos críticos. Muy poco comprenderíamos, si no fuera por la epigrafía, la riquísima estructura de mando, rango y funciones del ejército romano (lo que la tradición investigadora denomina *Rangordnung*). Y esta, cuyo corpus es siempre creciente gracias a las excavaciones, muestra un cuadro mucho más complejo, rico y matizado —desde los médicos militares a los *immunes* de los *armamentaria*— que el simplificado y contradictorio proporcionado por las fuentes literarias. Puede que los epígrafes sean a menudo desconcertantes, pero son datos objetivos a analizar. Y eso en un ejército como el romano, en el que, junto con los efectivos y la logística, su jerarquía y estructura suponían la mayor diferencia y ventaja sobre cualquier otra organización militar del Viejo Continente (salvo algunos ejércitos helenísticos a los que sistemáticamente derrotó), desde la Edad del Bronce hasta el siglo XVIII al menos; probablemente tercios españoles del siglo XVII incluidos, aunque habrá quien lo discuta con buenos argumentos.

Además, la epigrafía habla directamente desde el individuo a los conmlitones primero, y a otros lectores después. Solo marginalmente está influida por las distorsiones propagandísticas que puedan afectar a las inscripciones más monumentales y de grandes generales, poco numerosas en proporción. La mayor parte de las inscripciones muestran, eso sí, la autorrepresentación que soldados y mandos inferiores querían legar de

sí mismos, acompañadas, a menudo, de una imagen que alcanza su pleno significado tan solo cuando es «leída» junto con su texto correspondiente. Pero leída, eso sí, en su contexto y territorio (las inscripciones talladas en piedra, halladas en excavación o embutidas en muros, rara vez viajan a muchos kilómetros del lugar donde se erigieron, salvedad hecha de colecciones renacentistas y similares). La inscripción presenta datos primarios —graduación, unidades, años de servicio o campañas— que los conmlitones que erigieron una estela funeraria, por ejemplo, no falsearían.

Los estudios sobre epigrafía militar romana en Hispania tienen excelente tradición. Nombres como los de José Manuel Roldán Hervás o Patrick Le Roux, entre otros muchos, saltan de inmediato a la cabeza, pero no es momento de hacer un inventario de colegas y amigos. Bien lo hace el autor, página a página, en su obra, bebiendo, citando, concordando o discrepando de la ilustre nómina de predecesores. A los pocos catálogos especializados —que devienen obsoletos por el inevitable paso del tiempo— y a los análisis precisos y concretos viene a añadirse ahora el estudio del Dr. Javier Moralejo Ordax, masivo en volumen y contenido, dedicado al papel que el ejército romano desarrolló en la más guarnecida de las provincias hispanas de la República y el Alto Imperio, la *Citerior*. Dominado el territorio, y exento de grandes campañas, las limitadas fuerzas del ejército en la Península ejercieron, sin embargo, un papel social, administrativo y económico muy relevante durante siglos, incluso en ciudades capitales, más de lo que la concentración de unidades orgánicas en el noroeste pudiera hacer pensar.

El Dr. Moralejo está notablemente bien capacitado para la tarea de catalogación y análisis que ha abordado. A la destacable energía que corresponde a su carácter y juventud une una amplia experiencia previa en el estudio de las *res militares* en todos sus aspectos. Prueba de ello son sus ya largos años de formación primero, y colaboración después, en el Grupo de Investigación POLEMOS de la Universidad Autónoma de Madrid, dedicado, como su nombre indica, al estudio de la guerra y la milicia en el mundo antiguo; o la publicación de trabajos reseñables sobre armamento y epigrafía armamentística romana y celta —incluyendo una monografía en la prestigiosa serie Anejos de Veleia sobre las armas y la guerra de los galos—. El trabajo arqueológico no solo no le es ajeno, sino que actualmente coordina las tareas de prospección del campo de batalla cesariano de Montemayor, dentro de uno de los proyectos de I+D del Plan Nacional. Además, sus años de trabajo en la Universidad Autónoma de Barcelona, bajo la tutela de Joan Carbonell, y, sobre todo, en la sede española del *Corpus Inscriptionum latinarum*, primero guiado y luego en colaboración con Helena Gimeno, le han proporcionado un imprescindible y profundo conocimiento de la epigrafía romana en Hispania y contacto con todos los grandes especialistas —citados quedan en los «Agradecimientos» de la obra—. Si a eso unimos sus estancias en centros de prestigio extranjeros y la relación con especialistas de máximo nivel en los temas tratados en este libro, como nuestro querido y admirado Juan Jose Palao o el profesor Le Roux, anotamos con satisfacción que no estamos ante el trabajo de un joven prometedor, sino frente el estudio asentado de un especialista muy bien formado y ya experimentado.

Precisamente por ello, el enfoque de la obra no es el manido. Ciertamente, presenta un muy elaborado Catálogo que, por razones editoriales, ha de presentarse en forma de tarjeta electrónica, y un corpus de información abrumador. Pero, además, tiene un objetivo bien encajado en la tradición hispana de estudios sociales del ejército romano. En

párrafos anteriores hemos mencionado los conceptos de autorrepresentación, contexto y territorio, y todos ellos son aspectos hacia los que el libro se orienta siempre desde una excelente cartografía a una sistemática autopsia del contexto de los epígrafes, a nivel macro y microespacial. Es inútil glosar aquí la riqueza de temas que toca la obra o la profundidad de su análisis; el Sumario de Contenidos o el Índice Analítico lo harán mejor.

Para nosotros ha sido un honor orientar y dirigir los trabajos que dieron origen a este libro, haber contribuido a la formación de su autor y haberlo visto convertirse, gradualmente, desde joven estudiante a prometedor «predoctoral», brillante «postdoc», relevante investigador y, finalmente y sobre todo, colega y amigo, cuyos trabajos desbordarán, como ha de ser, los de quienes hemos contribuido a su formación.

En esta obra, y parafraseando al gran Calderón, vestido y pecho se adornan mutuamente. Solo una editorial científica de máximo nivel, como es la del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, podría quizá asumir la publicación de una serie especializada, incluso dentro del ámbito de lo académico, como la colección Anejos de *Gladius*, cuya directora, profesora Dra. Mar Gabaldón, asumió con entusiasmo, desde el principio, la tarea de llevar adelante este trabajo concreto, a pesar de su volumen y de las dificultades. La Editorial CSIC honra el trabajo al acogerlo. Y, sin duda, creemos, la obra enriquece el prestigio de quien la edita, por la relevancia de su contenido y la honestidad científica de su autor, que, ciertamente, ha realizado una obra perdurable.

Fernando Quesada Sanz
Catedrático de Arqueología

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo, fruto de una larga etapa de investigación, pero sobre todo vital, no habría llegado a buen puerto sin la colaboración, ayuda y comprensión de un buen número de personas e instituciones a las que quiero dedicar estas líneas en forma de agradecimiento y con los que comparto, sin duda, los méritos que se puedan considerar alcanzados.

En el capítulo de las instituciones, quiero mencionar, en primer lugar, a la Universidad Autónoma de Barcelona y a su Departamento de Ciencias de la Antigüedad y la Edad Media. En el mencionado departamento he podido entrar en contacto con diversos profesores con los que he crecido como investigador. En este sentido querría mencionar especialmente a la profesora Gemma Puigvert, actual directora del departamento, por su amabilidad y por ofrecerme la oportunidad de colaborar estrechamente con ella en el marco de la transversalidad docente e investigadora, haciendo honor al nombre del propio departamento. Mención especial debo, asimismo, a Antoni Naco, al que no puedo dejar de agradecer su temprano y estimulante interés por mi trabajo y sus consejos y enseñanzas. Otros profesores del departamento, como los doctores Cándida Ferrero, José Martínez Gazquez, Ramón Martí, Roseli Santiago y Carlos Varias, también me han ayudado en diversos momentos y tareas, vaya para ellos también mi gratitud.

Dentro del ámbito universitario barcelonés, quiero acordarme también de algunos profesores e investigadores de la Universidad de Barcelona, que atendieron pacientemente a mis inquietudes y me facilitaron toda la colaboración posible. En primer lugar, querría mencionar al profesor Josep Vilella, del Departamento de Historia Antigua, que, desde el primer momento, puso a mi disposición los medios de su centro de investigación (GRAT. Grup de Recerques en Antiguitat Tardana) y los recursos bibliográficos que me han ayudado en mi trabajo; hago extensivo este agradecimiento a los miembros de su grupo de investigación, especialmente a Gerard Espiga, con quién tantas reflexiones al respecto compartí en París. He de agradecer también al profesor Marc Mayer i Olivè sus útiles consejos, fruto de su vasto conocimiento del mundo romano, y al profesor Javier Velaza. De la misma universidad, no quiero olvidarme de Silvia Tantimonaco, antigua compañera de fatigas durante nuestra anterior etapa en el Centro CIL II-UAH, siempre pronta a atender una consulta.

Quisiera agradecer también la colaboración y facilidades que me han ofrecido para consultar sus fondos las bibliotecas de L'École Française de Roma, el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, la Universidad de Barcelona, la Casa de Velázquez de Madrid

y L'École Normale Supérieure de París; pero, sobre todo, a la Kommission für alte Geschichte und Epigraphik de Munich, en las personas de su director y su codirector, los profesores C. Schuler y R. Haensch, además de I. Mossong y el doctor P. Rothenhöfer. La Kommission me aceptó como *Jakobi stipendiaten* y allí pude disfrutar de su biblioteca y de los sabios consejos de los miembros mencionados. También merece mi gratitud el Centre de Anthropologie et Histoire des Mondes Antiques (ANHIMA) de París, que me acogió como investigador invitado, así como la gran parte de los museos que he visitado para realizar autopsias de inscripciones, entre ellos, el Museo de los Caminos y el Museo Romano de Astorga, el Museo de San Marcos en León, el Museo Arqueológico Nacional, el Museo Arqueológico de Lugo, el Museo Arqueológico de Tarragona y el Museo Arqueológico de Gerona.

No obstante, una institución ha sido especialmente relevante en mi trabajo, tanto por sus valiosísimos fondos documentales, imprescindibles para su realización, como por la experiencia que adquirí trabajando en él. El centro CIL II-UAH, instalado en la Universidad de Alcalá, ha sido indudablemente el epicentro de mi trabajo durante estos años. Quiero agradecer muy especialmente a su directora, la doctora Helena Gimeno, la atención y ayuda impagables que me ha prestado en incontables ocasiones. De ella surgió la semilla de esta investigación, trabajando con ella adquirí las destrezas necesarias para acometerla. Sus consejos y orientación han sido, además, una guía constante durante la redacción. También del CIL, me gustaría agradecer al profesor A. Alvar sus colaboración y recomendaciones, y a Ricardo de Balbín su apoyo.

Debo un reconocimiento muy especial al profesor P. Le Roux, un verdadero maestro para mí. Desde el principio se mostró abierto y receptivo a ayudarme, atendiendo con gran paciencia a mis preguntas e invitándome a reflexionar sobre las más diversas cuestiones. Su enseñanza y su sentido crítico, generosos y desinteresados, son una de las causas principales de que este trabajo haya progresado. En un sentido similar, querría agradecer al profesor Juan José Palao Vicente su infinita paciencia, a Cecilia Ricci, que me recibió en Roma y París para discutir sobre el trabajo, y a Joaquín Ruiz de Arbulo, que me facilitó información abundante sobre la arqueología de la ciudad.

En el mismo capítulo de reconocimientos especiales, me considero muy afortunado por haber contado con la sabia tutela y amistad de dos profesores, de excepcional categoría humana y académica, que me han guiado con paso firme: Joan Carbonell, de la Universidad Autónoma de Barcelona, y Fernando Quesada, de su homónima en Madrid. Desde sus respectivos campos de conocimiento, la filología clásica y la arqueología, ambos encarnan mejor que nadie el espíritu transversal de esta investigación a la que han contribuido de manera decisiva. A ambos les debo mi más sincera gratitud por su paciencia, enseñanzas, minuciosidad y honestidad, pero, sobre todo, por su amistad. Debo, asimismo, reconocimiento y gratitud a Isabel M.^a Martín Jiménez, editora del CSIC, por su brillante y minucioso trabajo y por su paciencia con este autor.

A Eduardo, Miguel, Iván, Esther, María, Miguel, Alejandro y Rubén, por todo lo que ellos ya saben y por mucho más. A Ernest, Ferrán, Nio, Ariadna, Aitor, Natalia, Sara, Pau, Marta y Alvar, muchas gracias por todo el apoyo y la amistad recibidos. A mis padres, sobre todo, y a mi hermano. A Luisa, *ex animo*. Sin la ayuda y el apoyo constante de todos ellos no me habría sido posible culminar este trabajo, ni tratar de alcanzar mis objetivos.

INTRODUCCIÓN

L'armée et la fait militaire sont un bon instrument d'étude pour comprendre les rapports entre le monde indigène et le pouvoir romain dans la mesure où ils sont inséparables du fait provincial. En Hispania, plus nettement qu'ailleurs, l'évolution de l'exercitus, son histoire, ne se comprennent bien que par rapport à ce phénomène de provincialisation. On pourrait dire que l'armée hispanique constituait le modèle d'évolution auquel rêvait Tacite en réfléchissant à la question de Germanie: elle a trouvé avec la société provinciale le meilleur équilibre possible et ceci dès Vespasien. Il est peut-être ironique que cet idéal de l'historien n'ait pu s'accomplir que dans une province depuis longtemps intégrée à l'Empire et loin des barbares!

P. Le Roux

Hace ya más de tres decenios que P. Le Roux empleaba un pasaje de las *Memorias de Adriano* de M. Yourcenar como introducción a su reflexión acerca de las relaciones entre la guerra, los ejércitos y la transformación que el conflicto bélico producía en los soldados:

La política de conquistas, en la que mi primo se proponía lanzar a Roma, según era notorio, los reagrupamientos de tropas que empezaban a cumplirse, la severidad progresiva de la disciplina mantenía al ejército en un estado de efervescencia y expectativa. Aquellas legiones danubianas funcionaban con la precisión de una máquina de guerra bien engrasada; no se parecían en nada a las soñolientas guarniciones que yo había conocido en España.

Hasta hace unas décadas, la historiografía militar, heredera de los presupuestos de la Ilustración, encarnados por Von Clausewitz, se había caracterizado, fundamentalmente, por una visión *evenemencial* de la guerra y de las campañas militares, fruto de una cierta miopía en relación con el componente humano de los conflictos. Esa visión recibió su expresión más clara en el enfoque del hecho bélico centrado, casi exclusivamente, en los aspectos políticos, tácticos, cronológicos y geográficos. Desde la aparición de los estudios de J. Keegan y V. D. Hanson sobre la guerra en Occidente, la investigación comenzó a preguntarse por aspectos relacionados con su trasfondo social y con su más íntima «psicología», como la experiencia individual de los soldados y sus mentalidades. Esas pesquisas concernían, a su vez, a otras cuestiones más amplias, como las profun-

das pulsiones que animaron tanto a los ejércitos como a las sociedades de las que estos formaban parte y al sistema de valores que los regían. Cabía preguntarse también sobre la legitimidad científica de establecer una verdadera separación entre tiempos de paz y tiempos de guerra. Otros elementos de gran calado histórico, como el papel de la guerra en las relaciones internacionales, su importancia en la organización de la sociedad y las relaciones entre militares y civiles intervinieron en una profunda renovación de la historia militar, que se ha enriquecido, además, como disciplina científica, con el desarrollo de la arqueología de la guerra.

De la misma manera que no se puede disociar al ejército de su función básica, el combate y la ocupación o defensa de territorios, desde una perspectiva científica actual, cabe considerar también otros factores a los que está estrechamente ligado, como la sociedad de la que proviene y el elemento civil con el que interacciona. La identidad de los ejércitos, en cuanto grupo social, viene determinada por elementos que emanan de toda la sociedad, como los sistemas de valores y la percepción colectiva de la guerra, así como por sus formas de representación. Las bases conceptuales que construyen estas premisas no difuminan, sin embargo, las características propias de cada período y contexto histórico, ni la identidad individual de los objetos de estudio; es más, aplicadas debidamente, aportan un marco idóneo para la investigación orientada a momentos e identidades específicas.

El ejército romano tuvo en las características ya mencionadas —valor individual, disciplina colectiva y orgullo de clase— tres de sus señas de identidad más destacadas. Por supuesto, los ejércitos suelen ser un reflejo de las sociedades de las que se nutren, y Roma constituye un caso paradigmático en este sentido. Los modelos militares tardorrepblicano y altoimperial nos permiten apreciar a la perfección los cambios políticos operados desde la república aristocrática de carácter oligárquico, que fue degenerando hasta el punto de depender del carisma y prestigio personal de los grandes generales; un modelo que daría paso, a su vez, al desarrollo de una monarquía de corte helenístico, caracterizada por un fuerte control estatal centralizado en la persona del *Princeps*. Los ejércitos republicanos senatoriales, de base campesina y comandados por oficiales *amateurs* procedentes de las filas del propio Senado, poco tienen que ver con aquellos del período tardorrepblicano reclutados, tanto en la península itálica como en las provincias conquistadas, por líderes carismáticos como Pompeyo, César u Octaviano, en el transcurso de las guerras civiles; o con la precisa máquina militar, institucional y administrativa en la que se fueron convirtiendo durante el Alto Imperio. A partir de las reformas augústeas, la composición de la infantería regular, de las legiones, de los cuerpos urbanos y de las unidades auxiliares respondió no solo a necesidades tácticas u operativas, sino también a una estricta reglamentación diseñada por el emperador; según la cual, tan solo los ciudadanos romanos engrosarían las filas de las legiones y las cohortes urbanas, mientras que aquellos que no hubieran obtenido dicho estatus quedaban destinados a la caballería e infantería auxiliares. Esta reforma estableció una clara distinción entre ciudadanos legionarios, reclutados voluntariamente, y unidades de apoyo formadas por indígenas que, al concluir su servicio, obtenían la ciudadanía, pasando a formar parte de la comunidad de ciudadanos de pleno derecho.

Este sistema, y la presencia permanente de tropas en las fronteras periféricas y en las provincias, convirtieron al ejército en uno de los más eficaces instrumentos de romani-

zación de los territorios sometidos. El proceso fue de carácter bilateral: por una parte, la presencia permanente de soldados que provenían de distintas partes del Imperio, habituados a la disciplina militar, practicantes de los cultos oficiales y cuya lengua cotidiana era el latín, los convertía en potentes focos de aculturación. Muchos de los soldados de servicio en campamentos, *stationes* y ciudades establecieron vínculos personales con mujeres de la población local, con las que tenían descendencia; además, gran parte de los veteranos que habían sido licenciados decidían retirarse en la misma zona en la que habían servido y en la que les eran concedidas tierras de cultivo. Por otra parte, las comunidades provinciales ejercieron también una gran influencia en los ejércitos en ellas acantonados, considerándolos como institución y como comunidad humana. Tal es el caso de Hispania y de su ejército permanente, que estuvo en la Península desde el fin de las guerras contra los pueblos astures y cántabros hasta la Antigüedad tardía. A partir del reinado de los flavios, las tropas destinadas en Hispania se convirtieron en un auténtico *exercitus Hispanicus*, un ejército unido a su territorio, que contribuyó de manera decisiva a la formación y desarrollo de sus provincias. En este sentido, Hispania, y más en concreto la provincia *Citerior*, constituyen un marco de estudio privilegiado para aplicar las premisas enunciadas.

Sin duda, M. Yourcenar conocía la situación particular del ejército de Hispania al poner en boca de Adriano el calificativo de «soñolientos» para describir a sus guarniciones. Desde el final de la conquista del noroeste hasta la guerra civil del año 69 d. C., los soldados acantonados en las provincias hispanas no entraron apenas en combate. Tras su intervención en el conflicto por el poder imperial, hacia el año 74 d. C., regresaría a la península ibérica la *legio VII Gemina*, y en ella permanecería —la mayor parte de ella lejos de los territorios de las fronteras conflictivas— hasta el ocaso del Imperio. A partir de su regreso, la legión *VII Gemina* y sus unidades auxiliares se fueron transformando, en virtud de los mecanismos mencionados, en un ejército de naturaleza provincial, estrechamente ligado al territorio hispano y especialmente a la provincia *Citerior*. Si bien en el período altoimperial no podemos asociar directamente la ocupación militar de algunos territorios con sus procesos específicos de urbanización, su influencia en la configuración de las provincias, por medio del desarrollo de la logística necesaria para la administración, la organización de las explotaciones mineras, el trazado de rutas viarias y otras obras públicas, así como su apoyo en funciones administrativas y policiales, convirtieron al ejército en una más de las instituciones romanas de la Península, indispensable para el encaje de sus territorios en el marco de la administración imperial. La huella que el ejército dejó entre la población local fue asimismo honda y duradera, siendo la mayoría de los reclutas de origen hispano a partir del período antonino.

Al emperador hispano bien pudieron haberle parecido «soñolientos» o adormilados los soldados que conoció, lejos de su Bética natal, como oficial aprendiz de la *legio VII* en la Hispania *Citerior*, en contraste con las insomnes y aguerridas guarniciones del Danubio, que más tarde comandaría como tribuno militar en las campañas de Trajano. En este sentido, conviene recordar que no todo aquello que proviene del ejército romano ha de interpretarse desde un punto de vista estrictamente táctico o estratégico. El *exercitus Hispanicus* funcionó como auténtico eje de articulación de las sociedades y territorios indígenas peninsulares en la *Romanitas* desde el siglo I a. C., integrándose profundamente en su vida social y económica. Pues bien, fueron precisamente las posibilidades que

ofrecía una estructura tan rica y compleja en el período altoimperial y su adaptación al territorio las que nos impulsaron a abordar el trabajo que aquí presentamos. En efecto, las tropas que ocuparon la península ibérica desde la conclusión de las guerras de conquista nos permiten aplicar una perspectiva social al estudio del ejército, para tratar de explicar la relación entre ellas y el espacio físico en el que los soldados levantaron sus monumentos, sin perder de vista los aspectos de índole táctica o logística ni sus principales funciones sobre el terreno.